

LAUS BOLETIN DEL ORATORIO DE ALBACETE

N.º 89

OCTUBRE

1970

TRIANGULO

Ese calor, que ya acepta ser vencido, marca el principio de los nuevos impulsos que han de acelerar, otra vez, el ritmo de todas las actividades que nos absorben. Octubre es más comienzo que enero, no solamente para los escolares. Y no porque el verano pueda ser tranquilo, que el que acabamos de cerrar no lo ha sido. Cada vez son más detectables los latidos del mundo y, puede que sea por eso mismo, cada vez nos parece también más agitado.

En realidad no es agitación, sino el rumor del dinamismo siempre providencial que lo conmueve mientras crece para el bien. Entre las impresiones aparentemente optimistas o preocupantes que podamos recibir, sólo es necesario ir enmarcándolas en la visión de conjunto que nos puede dar una actitud iluminada por la fe. Y entonces acabamos, siempre, agradeciendo a Dios el que nos haya deparado esta hora para vivir, porque es hermosa.

Dispongámonos a vivirla renovando el esfuerzo para corresponder a la "misión", por humilde que sea, que tenemos asignada. Cerremos, con el abrazo de nuestra generosidad abnegada, el triángulo de nosotros mismos—cada uno—, Dios y el mundo. El pecado es lo incompatible. Y miremos, con los ojos abiertos e iluminados, este mundo nuestro y de Dios. Y trabajemos con amor y dolor, como Cristo, hasta que sea totalmente redimido.

Ni miremos a Dios haciendo abstracción del mundo, ni contemplemos el mundo y su movimiento, desvinculado de Dios.

Miremos, contemplemos, y movámonos también, trabajemos. Eso será "vivir".

CONCEPCION MISIONERA DEL BEATO RAMON LLULL

Con pocas fechas de separación "*L'Osservatore Romano*" nos acaba de dar sendas semblanzas misioneras de Ramón de Panyafort y de Ramón Llull, esas dos grandes figuras cristianas medievales, barcelonés el primero, mallorquín el segundo que, miradas de cerca, recobran actualidad, porque descubrimos, en sus ideales, conceptos que hoy llamaríamos modernos, adecuados a la mentalidad y al momento de nuestra vida. Uno y otro son opuestos al espíritu de "cruzada". En realidad no se trata de ningún descubrimiento, sino de ser fieles al mismo Evangelio que, desde Cristo hasta nuestros días, nunca ha podido ser defendido con la espada ni impuesto coactivamente, sin deformarlo y comprometerlo, aunque haya sido por error que se haya empleado la violencia física o moral en su nombre.

No encontraríamos, en los escritos de San Ramón de Panyafort, expresiones negativas, como era el estilo de otros escritores de la época, con el famoso "contra": "contra iudeos", "contra gentiles", "contra saracenos"... Y su actuación y celo apostólico nos confirma, a pesar del acceso que tuvo entre los "grandes" de su mundo—"Confesor de reyes y de Papas...", le llama el cantar—, la ausencia de tentaciones de violencia al servicio (?) de Cristo: no con la fuerza de las armas, sino con el respeto del hombre y en el diálogo fraterno se puede llegar a la auténtica verdad, al fondo del espíritu, a Dios.

No le iba a la zaga el beato Ramón Llull. ¿Se conocieron ambos? Llull era paje de Jaime I El Conquistador, cuando el Panyafort, hombre maduro, "confesaba reyes y exhortaba Papas..."

Llull se inició en la corte, pero a los treinta y tres años (1263), tocado por Cristo, cambió de rey: lo sería Jesucristo, el Amado. Eran aquéllos, tiempos de fe y de gestos heroicos y él abandonó todo, decidido a emplear sus energías en el servicio de su Señor y en la conversión de los no cristianos. Más tarde, su ardiente amor a Cristo nos dará, entre otros escritos, su incomparable *Llibre d'Amic e Amat*, verdadera joya de la literatura mística; de su amor a las almas surgirán varias obras directamente misioneras, en las que estudiará las diversas religiones de que tiene noticia, reflexionará sobre lo que, en su época, serían los "signos de los tiempos" aplicándolos al designio de santificación universal querido por Dios, y hará una exposición nítida e irénica sobre la esencia del cristianismo. Además, una amplia y vivacísima concepción religiosa será vertida en su poema *Blanquerna*, la más conocida de sus obras.

Como del resto ha hecho siempre la Iglesia—salvo en aquellos casos en que ha sido subyugada y utilizada por los poderes de este mundo, como instrumento de colonización cultural—, Llull tuvo, como Ramón de Panyafort, una gran preocupación por asimilar la

lengua y la cultura de los pueblos que quería evangelizar. En aquella época, en la que el Mar Mediterráneo podía considerarse, como observa Metodio da Nembro, el "lago árabe", no solamente profundizó sus estudios de latín, para hacerse entender de las altas jerarquías de la Iglesia, sino que estudió la lengua y las manifestaciones culturales árabes, siguiendo con ello la misma dirección que el de Penyafort había iniciado al fundar escuelas lingüísticas en Túnez, Barcelona y Murcia, para el estudio del árabe, hebreo, turco, eslavo... en orden a misionar las riberas mediterráneas. El colegio de Palma de Mallorca, fundado en 1275 por Ramón Lull obedecía a la misma preocupación, especialmente en lo relativo al mundo islámico. Aquí estuvo Lull por espacio de un decenio, escribiendo, enseñando, hasta que emprendió una serie de viajes cerca de los reyes cristianos, Papas y cardenales para excitarlos a colaborar con su plan pacífico de evangelización. Casi treinta años duró su peregrinar desde Mallorca, a las costas del Norte de Africa, a las cortes de los reyes, a la del Papa... Finalmente encontró la muerte en el martirio en el último de sus tentativos entre los musulmanes.

Aparentemente, no tuvo éxito la porfía de Ramón Lull. En realidad, su canto *Desconhort*, escrito en Roma en 1295, tal vez la más importante por su fuerza dramática y por su interés autobiográfico, revela los sentimientos de su corazón afligido, al ver que no se le hacía caso cuando presentaba su plan—¿utópico?—para convertir el mundo.

Pero, ¿tenía razón en despreciar sus planes de evangelización pacífica aquel mundo cristiano medieval que había conocido el fracaso de las "cruzadas"?.. Sí, a pesar de los mitos de heroicidad, la razón de la fuerza había fracasado, ¿por qué no se daba una oportunidad

CONVERSACIONES DEL ORATORIO

VIERNES

30 OCTUBRE

8'30 DE LA TARDE

SOBRE

LA TORTURA EN EL BRASIL

Y OTROS PROBLEMAS

ACTUALES

DE AMERICA LATINA

FRENTE A LA IGLESIA

a la fuerza de la razón, de la razón manifestada con el amor, no de unos cuantos misioneros soñadores con el martirio, sino de la cristiandad entera, hermana de media humanidad ignorante del Evangelio? No armas de violencia, sino "armas espirituales", repetirá Ramón Lull: "oración, mortificación, sa-

crificio, ciencia"... Es la obsesión que gravita en toda su obra *Ars magna*, imposible de comprender sin este supuesto.

Las exigencias más audaces para una presentación del Evangelio con toda su pureza a las masas que lo desconocen, hoy encontrarían, en Lull, no sólo un precedente, sino un maestro, joven todavía, ante el amanecer de un mundo en transformación, absurda si no es inspirada por la trascendencia.

Lull comprende, en pleno siglo XIII, que la Iglesia no puede resignarse a la cerrazón impuesta por unos límites que determinan la "Cristiandad". Esos límites han de derribarse y hay que penetrar más allá, sin límites. Por ello pide, ya entonces, que la Iglesia, no se resigne a mantener y defender la pureza de su fe, sino que la comunique activamente, disponiendo todos los medios a su alcance y que, para ello, instituya un organismo que articule todo este dinamismo apostólico, a escala universal. No se le hizo caso. Pero tres siglos más tarde, después de unos primeros tentativos de San Pío V—contemporáneo de San Felipe Neri—, Gregorio XV, en 1622, instituyó ese organismo con el nombre de "Sagrada Congregación para la Propaganda de la Fe", que ahora se llama con más propiedad, "para la Evangelización de los Pueblos". Esta institución surgía en la Iglesia ante la apremiante necesidad de evangelizar las grandes zonas de la tierra descubiertas en el siglo XVI; pero es curioso constatar cómo, los países descubridores más directamente interesados, se negaron a aceptar la jurisdicción del nuevo organismo pontificio en las tierras de su dominio, cuya evangelización estuvo directamente supeditada al poder político respectivo. Por lo

cual, dicha "Congregación para la Propaganda de la Fe" tuvo que alterar la finalidad por la que fue fundada y los Papas la dedicaron a la lucha por la recuperación de los países protestantes. Extorsión que recientemente ha sido subsanada. En realidad, propiamente para las misiones, ha funcionado sólo recientemente. Ello puede explicar, por lo menos en parte, algunos de los problemas actuales que, en el orden cristiano, tienen presentados países como, por ejemplo, el Brasil.

Pero Lull, además de un organismo central eclesiástico, asistido por un conjunto convencional de delegaciones periféricas que coordinaran toda la actividad misionera de evangelización, insistía para que, paralelamente, se operara una igualmente universal reforma del mundo católico, no sólo en el aspecto religioso, sino también político y social, sin lo cual la evangelización se habría reducido a un recurso hipócrita para dilatar el dominio de los reyes cristianos, pero no para la verdadera extensión espiritual del reino de Dios. Por lo tanto, con idéntico compromiso global, pero cumpliendo cada cual el propio deber específico—Papas, reyes, cardenales, hombres de Iglesia, sabios...—, todos debían trabajar en orden a la propagación del Evangelio. No sería difícil encontrar en la voz del protagonista de *Blanquerna* resonancias del Vaticano II en el capítulo VI del decreto *Ad gentes*. Lull siente, vivamente, el valor y la fuerza del "deber misionero" y lo subraya repetidas veces.

Obviamente, el compromiso universal de todos los creyentes constituye el único verdadero problema para una concreta y eficaz evangelización mundial, problema siempre vivo y de extrema actualidad.

Suscríbase a «VIDA NUEVA»

A, B, C, ...

PARA MEDITAR

Cuando hablamos de pobreza en el mundo, reducimos, demasiadas veces, su descripción a los aspectos meramente materiales, que tienen, sin duda, grandísima importancia y que influyen, en gran parte, en los no menos importantes aspectos culturales y espirituales. Pero éstos no pueden relegarse, porque son la causa y la raíz de todas las demás miserias humanas: los males del mundo están más en las negligencias humanas que en la falta de recursos materiales ofrecidos por la naturaleza; están más en la ignorancia, en la pereza estúpida, en el egoísmo, en la falta de entusiasmo para el bien. Sí, están en la ignorancia y en la falta de generosidad de muchos que no son completamente ignorantes, para quienes, lo que alcanzan a saber no es para comunicarlo a los demás, sino para aprovecharse todavía más de los hombres, sus hermanos.

Así, en una humanidad donde de cada tres hombres uno, por lo menos, es analfabeto, no es extraño que se produzcan toda suerte de desequilibrios. Tal vez sea preciso reconocer la bondad profunda del ser humano y admirarnos, a pesar de todo, de que los males no sean mayores...

Llevamos, desde hace algún tiempo, hablando de ese tercio de la humanidad, hambriento, errante, ignorante; pero en el decurso de los últimos trece años, a pesar de las propagandas y de las campañas llevadas a cabo, solamente se ha conseguido reducirlo un diez por ciento. Seguimos, en el mundo, con 810 millones de analfabetos, que el crecimiento demográfico amenaza superar. En este año de 1970 se supone que el aumento de analfabetos será de 70 millones más.

En América Latina solamente el quince por ciento de la población sabe leer y escribir; en Asia el cuarenta por ciento; en Africa, el veinte por ciento. En estos continentes solamente un tercio de los niños va a la escuela. Pero faltan maestros: América Latina necesitaría dos millones más de maestros; Africa tres millones y Asia dieciséis millones...

Hay naciones en las que, oficialmente, como en el Brasil, la enseñanza primaria "es obligatoria y gratuita"... pero subsiste su cuarenta por ciento de analfabetos. En los últimos años, solamente Cuba, con drásticas medidas, ha conseguido reducir al veinte por ciento el ochenta por ciento de analfabetos de los tiempos de Batista.

No hace falta recordar que, en estos continentes, el compromiso de la escolarización se ha mantenido gracias a la perseverancia de las instituciones misioneras. Si se tiene en cuenta que en ellos funcionan 50.325 escuelas primarias, 1.695 de segunda enseñanza, 706 escuelas técnicas, 272 escuelas normales, 249

escuelas superiores y dos universidades católicas, se ha de reconocer el mérito de tal aportación de la Iglesia. Pero el beneficio de la misión apostólica de la Iglesia a través de la enseñanza, no solamente es patente en los países de misión, sino también en los desarrollados, donde, mientras los gobiernos siguen gastando cifras astronómicas en vanidades políticas o presupuestos de guerra y seguridad, ella suple buena parte de las deficiencias de los planes educativos que deberían ser, en definitiva, los de atención preferida, porque en el cultivo de la inteligencia y del espíritu radica el desarrollo y perfeccionamiento del hombre total.

Hablamos, repetidamente, de ese tercio de la humanidad, marginado, hambriento, ignorante... Pues bien: la Iglesia dedica precisamente un tercio de su esfuerzo pedagógico y cultural en tierras de misión, donde alcanza la cifra de unos ocho millones de alumnos, al lado de los dieciséis que frecuentan sus clases y aulas en los países desarrollados o semi-desarrollados.

Este esfuerzo de promoción humana la Iglesia lo lleva a cabo a la luz del Evangelio. Su misión fundamental es el anuncio del Reino de Dios; pero este anuncio no puede ser comprendido por el hombre intelectual y culturalmente mutilado o deforme. El Evangelio ha de ser anunciado "a los hombres". Por esto se preocupa ella de la promoción humana: obra de misericordia que abre las puertas a la claridad del Evangelio.

En nuestros días los mejores cristianos alaban el testimonio evangélico de los sacerdotes obreros, cuyo amor por el mundo del trabajo, les lleva a compartir el esfuerzo de sus hermanos trabajadores en la fábrica, en la cantera o en la mina. Seguramente que, pasados más años, todavía agradeceremos más la abnegación de estos sacerdotes. Pero ello no ha de hacernos olvidar, por más antiguo y sabido, el ejemplo del trabajo de sacerdotes y religiosos que, durante toda la vida de la Iglesia, también se han cansado, con el trabajo de su inteligencia y de sus brazos, por el Reino de Dios. Cerca de nosotros y lejos de nosotros.

Olvidarlo evidenciaría, por lo menos, una gran superficialidad.

Durante el mes de Septiembre y en este mes de Octubre, la «Radio Vaticana» y también el diario de la Santa Sede «L'Osservatore Romano», se han referido varias veces, para condenarla, a la campaña de persecución y de calumnia, ejercida desde el poder, en Brasil, contra sacerdotes, militantes obreros y obispos católicos.

¿MAS TEOLOGIA?

La teología no es la misma fe; pero una fe excesivamente "implícita"—como la llamaría Newman—sofocaría su aliento sobrenatural en las cenizas de la pereza de la inteligencia que, siendo la reina de las facultades del hombre, no puede elegir mejor objeto de reflexión que Dios mismo.

La teología no es la misma fe: es ciencia de Dios y por eso ayuda a la fe. Decir teología al servicio de la fe, es decir teología al servicio de la vida, sobre todo en este tiempo en el que, el creyente se da cuenta, con más viveza que en otras épocas, que para realizar un acto de fe, no le basta vincular la inteligencia a una fórmula conceptual, sino que, a través y más allá de esto, ha de identificar su actitud y toda su persona con la realidad en la cual cree. Compromiso personal es equivalente a compromiso inteligente, responsable, total y libre. La fe, para el creyente, guía el esfuerzo esclarecedor de la inteligencia; pero la teología, que representa este esfuerzo iluminado, dilata y profundiza el campo de la fe y lo purifica de inercias convencionales, de anquilosamientos sentimentales y pueriles, que en realidad no son más que distracciones pseudo-religiosas y obstáculo, por lo tanto, para acercar verdaderamente el hombre a Dios. En pocas palabras lo ha resumido un teólogo español de nuestros días: "Una Iglesia sin teología no pasa de ser una asamblea de tontos o de fanáticos, y una teología sin Iglesia se reduce a una ciencia-ficción de lo divino".

No importa que al emprender una profundización teológica surjan problemas. Los problemas existen independientemente y, no afrontarlos, es solamente aplazarlos y aumentarlos; aunque sean problemas para la fe. Solamente se resuelven, finalmente, cuando no se eluden y cuando se tratan con honradez.

Por esto hemos de alegrarnos cuando se nos dice que se han celebrado un par de Congresos de teología, en el pasado septiembre: el tomista de Roma que, a pesar de su tradicionalismo, ha elegido un tema de máxima actualidad, como ha sido "El hombre y sus problemas" a la luz de la fe, y el de Bruselas sobre "La Iglesia del futuro". En realidad ha sido éste el más importante, porque ha reunido el máximo y más selecto número de teólogos de todo el mundo, entre los que representan el esfuerzo renovador que, partiendo del Vaticano II, se ha ido concentrando en la revista internacional más prestigiosa, sobre temas teológicos, que lleva el significativo nombre de "Consilium", publicada simultáneamente en varias ediciones, para los principales idiomas del mundo.

Sí, más teología para los que estamos en la Iglesia y también para los que nos miran desde fuera. Más teología para sacudir el polvo arcaico que oculta verdades olvidadas por la inconsciencia o por comodidad; más teología para descubrir esa luz nueva que hace crecer la verdad, día a día, en nuestro mundo siempre más ansioso de absoluto, cuyos hombres, incluso cuando lo niegan, buscan sin darse cuenta al verdadero Dios; más teología para liberarnos de las caricaturas de la divinidad, para poder reconocer su presencia sencilla, próxima y viva.

De lo contrario, una fe demasiado "implícita" desembocaría en esta sorpresa, de algún modo ya iniciada en el mundo de hoy: que no todos los que se denominan cristianos lo son realmente, puesto que en la práctica existen grandes contradicciones con su bautismo—tal vez jamás comprendido—, mientras que, fuera de la Iglesia, existen ansias de redención, tan universales y vehementes que se acercan al bautismo de deseo.

LAUS DEO